

HASTA 1876

Una Nación que Agonizaba



La vecina República de México se apresta ya á la delicada tarea de renovar dentro de quince meses sus poderes públicos.

El período presidencial para el cual fueron electos el General Díaz como Presidente y el señor D. Ramón Corral como Vicepresidente, está á punto de expirar y en Junio del año venidero aquella Nación decidirá á qué manos ha de confiar sus destinos y quiénes han de ser los estadistas que deban asistirle y guiarle en su marcha progresiva durante el sexenio de 1910 á 1916.

Esas circunstancias, solemnes siempre en todos los pueblos democráticos, despiertan, como es natural, la atención de los países ligados al que por ellas atraviesa por lazos de confrater-

nidad y de simpatía y con mayor razón de aquellos que por razones de amistad cordial y antigua y de recíprocos intereses, tienen que preocuparse del destino y de la prosperidad de las agrupaciones humanas con las que están necesitadas de vivir en buenos términos y cuyo bienestar y grandeza no puede ser á nadie indiferente.

México, hace menos de medio siglo aún, mal mirado y lo que es peor, poco estimado por los pueblos civilizados de la tierra, ha conquistado ya una posición tal en el mundo, que la marcha de sus asuntos interiores no puede pasar inadvertida ni ser vista con menosprecio por ningún pueblo culto, ni menos aún por los que mantienen con él relaciones tan estrechas y tan recíprocamente fructuosas como las que con él mantenemos.

El papel que la América del Norte, de la que México forma parte integrante, está llamada á desempeñar en el desarrollo económico y en la grandeza política y social del Nuevo Continente; el desenvolvimiento progresivo de las relaciones comerciales; la vinculación cada vez mayor de capitales nuestros en esas privilegiadas regiones y una creciente inmigración de nacionales de nuestro país hacia los de Latino-América y muy particularmente á nuestra vecina México, son motivos bastantes á inspirarnos el deseo de verla próspera y feliz, hábil y acertadamente gobernada y capaz de cooperar con el ejemplo de su infatigable labor y de sus fructuosos resultados en todos los órdenes, al prestigio de las

instituciones libres y á la propagación de las grandes virtudes cívicas.

Y como quiera que en países de índole latina, la influencia del gobernante es más decisiva en la prosperidad de los gobernados que en naciones de otro temperamento, cada vez que en aquéllos se aproxima un período electoral, las naciones amigas se interesan en sus resultados, se inquietan si presienten una mala orientación del criterio público y aplauden con entusiasmo cuando lo ven, seguro de sí mismo, tender á la desaparición de los gobiernos ineficaces y á la continuación de los que han sabido buscar y encontrar el bien público, promover el progreso y esforzarse para hacer imperar la seguridad, el bienestar y la justicia.

Tal es el caso, actualmente, y lo viene siendo hace años, en la República Mexicana.

La opinión pública, felizmente, no se ha extrañado y á pesar de que el Presidente Díaz ha manifestado sus deseos de retirarse del poder y de descansar, el pueblo en masa lo aclama de nuevo candidato para el próximo período presidencial, y con él, y para el delicado cargo de Vicepresidente de la República, á su colaborador infatigable, al patriota sincero, al más adicto á su programa y mejor impregnado de sus aspiraciones, al señor Don Ramón Corral, actual titular de la Vicepresidencia y Ministro de Gobernación.

Con esta doble candidatura, cuyo próximo triunfo en los comicios no puede ponerse en duda, México ha demostrado que acepta la actual

situación **en block** y que está resuelto á no separarse ni un ápice del programa de paz y de progreso que el señor General Diaz ha sabido plantear y con tanto brillo realizar y que, eventualmente, el señor Corral sabrá continuar y perfeccionar, como lo ha sabido, hace años, secundar.

La aclamación de estas candidaturas deja tranquilos á los amigos de México y estimula á los hombres de empresa, de capital y de trabajo, á trasladar sus penates á aquel emporio de riqueza que ofrece tantas perspectivas á los hombres de acción y que ha cumplido con todos los compromisos contraídos con cuantos han querido en aquel paraíso labrar la tierra, explotar la mina, hacer marchar la industria ó buscar legítimo lucro en el comercio ó la banca.

Pero si bien las bonancibles condiciones de México actual son bien conocidas del grupo ya considerable de los hombres de negocios de este país, que emprenden en aquél; si nuestros nacionales ahí radicados prodigan merecidos elogios al pueblo y al Gobierno de México; si, á cada paso, salen de ellos á la defensa cuando injustamente son atacados, cosa que suele verse de este lado del Bravo, se observa también que, mal informadas, extraviadas en su criterio por informes parciales y apasionados y sugeridos por cierto periodismo novelero y sensacionalista, muchas personas en nuestro país no tienen una idea justa de lo que México es, vale y puede llegar á ser, y conservan ideas añejas y conceptos desfa-

vorables que la fatalidad, más que la voluntad de la vecina República, pudo hace años promover y explicar; pero que hoy nada justifica ni puede disculpar.

Este criterio extraviado de una parte, bien que mínima, de nuestra sociedad, es el que pretendemos rectificar con una sucinta pero elocuente exposición de hechos, con algunas cifras no susceptibles de discusión y con sobrias consideraciones que no será lógico ni honrado repudiar. Gracias á estas breves consideraciones, confiamos en que se hará cumplida justicia á un pueblo y á un Gobierno que ha sabido redimirse de viejas culpas y de añejos errores de que, por lo demás, no eran enteramente responsables; que, de un día para otro, en el transcurso de casi una sola generación, han sabido del menosprecio, hacer la estimación; de la bancarrota, el crédito; de la miseria, la prosperidad; de la ignorancia, la ciencia; que han realizado proezas que, en proporción, ningún otro pueblo se ufana de mayores y que han merecido el aplauso ostensible y ruidoso y el elogio sincero y público de las naciones más cultas y prósperas de la tierra.

Si la justicia es el atributo exclusivo y el más excelso de la especie humana, la debemos á todos, grandes y pequeños, excelsos y mezquinos, poderosos y débiles. Hacerla á los demás, es honrarse á sí mismo.

México y su Gobierno tienen derecho á que les sea distribuída. Lo han conquistado con sus sacrificios, con su heroísmo, con su trabajo hon-

rado de hace más de treinta años y con los esfuerzos de uno de los gobiernos más sabios, más enérgicos y más patriotas de que pueda ufarse nación alguna. No importa que el escenario sea pequeño, relativamente; los artistas son grandes y la epopeya de paz y de progreso que en ese escenario se ha desenvuelto, es honra del pueblo y del Gobierno que la han realizado y de la humanidad que la ha presenciado y aplaudido.

Narrar esas conquistas y exhibir esos resultados, tal es nuestro propósito; y hechas estas indispensables explicaciones procedemos á ello.

* * *

México no ha sido siempre feliz. Lejos de eso, puede reputarse que hasta hace más ó menos treinta años fué siempre desgraciado. Su actual prosperidad es envidiable y el porvenir le reserva aún mayores progresos.

Para juzgar de los que ha alcanzado y de los medios que ha puesto en acción para acrecentarlos, nada es más adecuado que una comparación entre el estado que guardaba aquel país al advenimiento del nuevo régimen, es decir, por los años de 1876 y 1877, y las condiciones de paz, riqueza y crédito de que hoy disfruta.

Durante tres siglos, España gobernó las vastas regiones por ella conquistadas y de las que México formaba parte. Ese gobierno se ejerció sin que la paz se viera perturbada y nada era más de esperarse que un desenvolvimiento colosal de las riquezas de aquel territorio vastísimo, fér-

til, de clima variado y cuyas vetas mineras han tenido y tienen reputación justificada y universal.

No fué así, sin embargo. Errores gravísimos, que después se ha calificado de "culpas del tiempo y no de España," no sólo impidieron que la Metrópoli fomentara la agricultura, la industria y el comercio, sino que la llevaron á impedir y prohibir en México los cultivos de la vid, del olivo y otros, y á poner todo género de trabas á las industrias que pudieran hacer competencia á las de España. Llegóse, en virtud de ese defectuoso régimen, á extinguir el cultivo del algodón, por ejemplo, tan importante antes de la conquista y á reducirse la agricultura á no producir, casi más que maíz, frijol, chile, pulque, ganado en escasa proporción; y salvo las industrias manuales y domésticas, no era explotada ninguna.

La misma industria minera, objeto de la codicia del conquistador, se explotaba bajo la férula de una defectuosa legislación y por procedimientos primitivos; y con todo y merecer las preferencias de los hombres de empresa y de la Corona de España, que de ella obtenía pingües rendimientos, no había alcanzado ni la centésima parte de la prosperidad de que es susceptible.

México, tan rico en potencia, vivió bajo el régimen colonial en estado de verdadera miseria, y su pueblo, hambriento y desnudo, llevaba una existencia de paria.

A la pobreza del pueblo se agregaba su igno-

rancia. Los misioneros propagaron el catecismo; pero nada más el catecismo. La inmensa mayoría de la Nación y sobre todo el elemento indígena, ni sabía leer ni escribir y las clases media y alta apenas si podían hacerlo. En las escuelas superiores predominaba la enseñanza de las humanidades, de la teología y del derecho, y hasta muy pocos años antes de la Independencia, se fundó una escuela de minas.

Sistemáticamente segregado el elemento mestizo, y con mayor razón el indígena, de toda ingerencia política y de los altos cargos públicos, nada era comparable á su inexperiencia y á su incapacidad en tan capitales asuntos.

Este estado de cosas fué parte principalísima en el movimiento de independencia, y después de once años de lucha sin cuartel, México sacudió el yugo español.

En su inexperiencia de las cosas políticas y sobre todo, de las económicas y financieras, é impregnadas sus clases superiores de jacobinismo francés, resultó que México no supo gobernarse por sí solo, que arrasó cuanto pudo del viejo régimen, sin acertar á reemplazarlo con otro mejor, que ensayó en vano todas las formas de gobierno, que vivió en perpetuo estado de anarquía, que hizo varias veces bancarrota, que se desprestigió en el exterior, que tuvo que afrontar dos guerras extranjeras y que cuando al fin logró derribar el Imperio de Maximiliano y librar el territorio del yugo intervencionista y de la influencia retrógrada y clerical, el pueblo se encon-

tró exhausto, comprometida su situación económica y hacendaria y obligado, después de medio siglo de anarquía, á rehacerlo todo y á todo reconstruirlo.

Los gobiernos de Juárez y de Lerdo, entre 1867 y 1876, no pudieron ó no supieron emprender esa obra de reconstrucción y acaso hubieran fracasado si la hubieran emprendido. En constante lucha con la anarquía parlamentaria, con el obstructionismo de la prensa, con el bandolerismo, que llegó, con los plagiarios, á sentar sus reales en la misma capital, y con los movimientos revolucionarios que el impaciente anhelo de progreso hacía estallar de cuando en cuando, Juárez y Lerdo vivieron de expedientes, gobernaron al día y repudiaron, por desconfianza hacia el extranjero, todas las empresas regeneradoras que el General Díaz acometió después, y cuyos sorprendentes resultados son hoy palpables.

Un país intrínsecamente rico y que había sido gobernado durante tres y medio siglos por los procedimientos ó bajo la influencia de una nación europea, poderosa como lo fué España, que después se ha dado á sí mismo instituciones libres y administración autonómica, tenía ante la humanidad el deber de presentar un balance envidiable de progreso. No ha sido así, sin embargo, y los cuadros que á continuación presentamos prueban el raquitismo deplorable de aquella nación, en los principales órdenes de la actividad humana.

Debemos fijarnos desde luego en el modo y forma en que hasta el año de 1876 se había ex-

plotado el territorio nacional. Según los datos más fehacientes, hé aquí el cuadro de la producción agrícola de aquel país, en cantidad y valor:

	Hectólitros.	Valor.
Maíz	21.800,000.....	\$ 48.000,000
Trigo	1.400,000.....	5.000,000
Frijol	800,000.....	2.800,000
Kilogramos.		
Algodón	11.500,000.....	4.500,000
Arroz	9.200,000.....	400,000
Café	2.800,000.....	840,000
Chile	9.200,000.....	3.200,000
Tabaco	7.800,000.....	1.500,000
Azúcar	23.000,000.....	3.000,000

Incluyendo otros productos agrícolas, de menor importancia, se llegaría á una producción total de

\$ 73.000,000

cifra verdaderamente mezquina, dada la extensión del país, las condiciones de su clima y la cifra de su población.

Por esa misma época, año de 1875, el comercio de exportación se cifraba como sigue:

Productos agrícolas.	\$ 2.773,000
Animales vivos.	90,500
Pieles.	1.979,000

Maderas.	\$ 1.610,000
Plata.	17.256,000
Oro.	2.900,000
Productos manufacturados.	126,000

Agregando á estas cifras otras de menor importancia, relativas á exportaciones por otros conceptos se llega á un total de exportaciones de

\$ 27.318,000

Las importaciones no ofrecen tampoco cifras ahagüeñas. Hé aquí las principales. Los productos importados á México y su valor en el año de 1875, son los siguientes:

Algodones.	\$ 7.379,339
Lino y cáñamo.	703,000
Lanas.	988,000
Sedas.	274,000
Abarrotes y comestibles.	2.900,000
Mercería y ferretería.	1.160,000
Mercancías libres de derechos.	2.737,000

Agregando á estas cantidades otras de menor importancia por concepto de importaciones de menor cuantía, apenas se llega en materia de importaciones á la cifra casi insignificante de . . . \$22.500,000 en números redondos.

No menos desconsoladoras son las cifras relativas á las vías de comunicación ferrocarrileras y telegráficas, pues los caminos carreteros y otros casi no merecen mención, tal era su estado de de-

terio y su escasa importancia relativa. En el año de 1876, el número total de kilómetros de ferrocarril construídos en la República Mexicana era tan sólo de

Kilómetros 666—353 metros.

cifra que equivale á tres kilómetros de ferrocarril por cada 10,000 kilómetros cuadrados de extensión territorial del país.

El movimiento de carga no pasaba de 132,915 toneladas.

El número de pasajeros era de 4.281,327 y los productos anuales no mayores de \$2.564,870.

La red telegráfica llegaba apenas á 7,927 kilómetros.

Cuando se comparan estas cifras con las que en la misma época presentaban algunas de las Repúblicas latino-americanas, se puede percibir el estado de atraso de México con respecto á éstas, y su situación poco privilegiada frente á sus hermanas latinas.

Por los años de 1876—77 el balance ferrocarrilero de los países de latino-américa era el siguiente:

La República Argentina había construído ferrocarriles en una extensión de 2.317 kilómetros	
El Brasil.	2.393. „
Chile.	1.689 „
Perú.	1.850 „

El lugar que México ocupaba por este concepto en aquella época era el quinto y sólo aparecía superior á Bolivia, Colombia, Costa Rica, Ecua-

dor, Venezuela y Honduras que casi no contaban con centenar de kilómetros de ferrocarril, el Uruguay que había construído cerca de cuatrocientos y El Salvador, Guatemala y Nicaragua que carecían del todo de vías férreas.

En materia telegráfica la Argentina llevaba á la sazón la palma con 15,820 kilómetros de líneas y México superaba á todas las demás naciones latino-americanas con la extensión de líneas ya indicada.

Si el estado económico del país era tan poco lisonjero, su estado financiero era deplorable.

A partir del año de 1867 en que Juárez restauró el orden constitucional en la República Mexicana, los presupuestos de egresos de la Federación crecieron sin cesar sin que los ingresos con que había que cubrirlos aumentaran en proporción. He aquí las cifras de esos presupuestos para los años que se indican, según los decretó la Cámara.

Año fiscal de 1868 á 1869.	\$ 18.690,438
„ 1869 „ 1870.	18.324,472
„ 1870 „ 1871.	20.879,383
„ 1871 „ 1872.	23.079,443

Como los ingresos en los mismos años oscilaron entre 14 y 15 millones de pesos, el deficiente en el último de dichos ejercicios resultaba ser de \$7.218,882. Un deficiente de cerca de 33 0/0 del presupuesto, es de inmensa importancia aun para las naciones más ricas y que gozan de crédito más sólido. Para naciones, como el México de

entonces, cuyo crédito era nulo y que sólo encontraba prestamistas usureros, tenía que ser ruinoso.

Como los ingresos en los años posteriores fueron á menos y como los egresos, lejos de disminuir, aumentaron al grado de llegar á ser de \$25.838,955 en el Presupuesto de 1876—77, contra los ingresos de sólo \$16.086,823, la situación se hizo insostenible para el gobierno de Don Sebastián Lerdo y á no haber caído al golpe de la Revolución de Tuxtepec, hubiera muerto de miseria y de desprestigio.

De esta miseria, de este desprestigio y de este descrédito, vino el Gobierno del General Díaz á redimir al país; de esa desnudez hizo la riqueza, de aquella anarquía la paz y del menosprecio con que la Nación entera era mirada, la alta estimación en que hoy es tenida.

Qué medios empleó y con qué resultados, lo dirán los artículos que van á seguir y que son la mejor lección de historia y constituyen las más considerables proezas de ciencia, de energía y de patriotismos, de que la historia pueda presentar ejemplo.

El Programa del Sr. Gral. Díaz y la Regeneración Material de México